

En la segunda mitad de los años ochenta, la obra de Martín Caballero experimenta un cambio apreciable en la técnica, pues abandona el óleo sobre tabla por las pinturas acrílicas sobre lienzo, y en las composiciones, que pasan a ser más ordenadas, constituidas por imágenes más nítidamente definidas. Con todo, se trató de una mutación de forma más que de contenido, por lo que sigue siendo válida la apreciación hecha por Román de la Calle unos años antes: “en la mayoría de sus composiciones destaca la importancia concedida a la narratividad, como si se tratase de conformar –a través del filtro del subconsciente– una cosmovisión pletórica de vivacidad y contrastes, donde la violencia, el poder y el marcado erotismo afloran intermitentemente en el conjunto de su producción, que no deja, por ello, en ningún momento, de enraizarse en el contexto de lo cotidiano.”(1)

Un tema frecuente en la pintura de Martín Caballero lo constituye el amor y el sexo; encarnado aquí en distintos momentos y situaciones vitales: los enamorados cuyos rostros se funden en uno solo, el padre de familia al que se le van los ojos detrás de la joven pareja, la mujer casada que sonríe cómplice, el cura reprimido, el mirón y el punki.

Sobre *Los enamorados*, nos confesará su autor: “es un cuadro en parte biográfico porque tiene relación con mi situación de entonces, pero también es universal, pues trata de las relaciones de pareja, de la ruptura, del reencuentro...”(2)

NOTAS

1 Román de la Calle, “Martín Caballero: los interminables juegos de la representación”, en *Martín Caballero* [cat. exp.], Valencia, Galería del Palau, 1982; Denia, Galería Mona, 1992; y AA.VV., *Plástica valenciana contemporánea*, Valencia, Promociones Culturales del País Valenciano, 1986, p. 50.

2 Conversación con el pintor, Valencia, 14 marzo 2000.

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 104-105.